

cuerpos de los hombres en este mundo, sino en el estado sacramental, indivisible, no en sus accidentes, sino solamente en la sustancia (1).

Diremos, pues, que no comprendemos el *cómo* del misterio, pero nunca que sea imposible. Concluyamos con Balmes. El misterio de la Eucaristía, dice, es un hecho sobrenatural, incomprensible al débil hombre, inexplicable con palabras humanas: esto lo confiesan los católicos, lo reconoce la Iglesia. No se trata de señalar una razón filosófica para aclarar este arcano: ningún fiel será osado de llevar tan lejos su vanidad. Se trata únicamente de saber si el misterio es absurdo en sí, esto es, intrínsecamente contradictorio; porque si tal fuera, el dogma no sería una verdad, sería un error: la Omnipotencia Divina no se extiende á lo absurdo. La cuestión está en si el hecho, sin embargo de estar fuera de los límites de las leyes de la naturaleza, es intrínsecamente posible; porque en tal caso sale del terreno de la filosofía y entra en el de la crítica. El incrédulo, si cree en la existencia de Dios, no puede negar su Omnipotencia; y entonces no deberemos disputar sobre si Dios puede ó no puede hacer este milagro, sino únicamente si lo ha hecho (2). Y que lo hizo nos consta, Señores, por la Iglesia; nos consta por la tradición; nos consta por el

(1) Ad cujus intelligentiam debemus intendere quod Corpus Christi non est sub hostia naturaliter, sed sacramentaliter, et ideo non est ibi ut locatum in loco, nec sub dimensionibus propriis, sed sub dimensionibus quæ prius fuerant, scilicet panis et vini. Et ideo cum substantia de se, in quantum substantia, locum non occupet nec requirat sibi, in quantum est sub dimensionibus quantitatis, sequitur ex hoc, quod Corpus Christi sub Sacramento non requirat nec occupet plus locum, vel de loco, quam dimensiones panis sub quibus velatur, et tegitur occupant, et requirunt. (S. Thom., Opusc. 59, cap. 3.)

(2) Balmes, loc. cit.

Evangelio (1); y todo nos dice, que lo hizo por amor. ¿Quién no cree en los milagros del amor, si á él se une la Omnipotencia? «Digamos, pues, con el discípulo amado (2): Hemos creído al amor que Dios nos tiene.» Digamos con Ana de Gonzaga: «Desde que Dios se dignó ponerme en el corazón que su amor es la causa de cuanto creemos, esta respuesta me persuade más que todos los libros (3).» El incrédulo que se afana por sustraerse al dulce imperio del amor divino, no cree porque no ama; y el que no ama, no conoce á Dios, dice San Juan, porque Dios es amor (4).

Este Sacramento es el misterio del amor por excelencia; es la invención maravillosa del amor divino para comunicarse á los hombres. Compañero inseparable de la humanidad, Jesucristo, que se puso al lado del hombre desde el principio por medio de símbolos, que obligaron á decir al Profeta: «No hay nación que tenga á sus dioses tan cerca, como cerca de nosotros está nuestro Dios (5),» al abolir estos símbolos, que desde su venida carecían de significado, no consintió en su amor separarse totalmente de la humanidad al volver á su Padre: debió inventar un medio de permanencia y comunicación; medio más eficaz que todos los símbolos. Pasó el tiempo de las figuras; llegó el de la realidad; y ese medio debía ser una realidad, debía ser una permanencia personal en la tierra, que diese al hombre la compañía,

(1) Habet itaque in Sacramento hoc fides fundamentum stabile, auctoritatem divinam, virtutem Verbi, oracula Prophetarum, figurasque legales, in quibus credulitatis suæ spirituales superædificat domum. (S. Laur. Just., serm. de Christi Corp.)

(2) I Joann. IV, 16.

(3) Bossuet, Oracion fúnebre de Ana de Gonzaga.

(4) I Joann. IV, 8.

(5) Deut. IV, 7.

la posesion de Aquel por quien tantos siglos suspirá-
ra (1). Hé aquí la Eucaristía: Encarnacion perpetuada;
renovacion constante de la union de Jesucristo á la natu-
raleza humana en el seno de la Inmaculada María, para
que el hombre le posea siempre, y siempre le llame su
hermano, y esté unido siempre á Él por la fe y por el
amor.

¡Cuán consolador es este dogma! Él asegura á todos
los pueblos y á todos los siglos la posesion de Jesucristo.
El vino á la tierra para hacer á los hombres felices con
la posesion de Dios, elevándolos á la dignidad de hijos su-
yos: pero cumplida su grande obra, debía volver al seno
del Padre; y este magnífico hecho de su venida, hubie-
ra sido tan solo para nosotros un recuerdo histórico. La
humanidad, feliz con la presencia del Hijo de Dios, hu-
biera quedado sumida en la tristeza al ausentarse de ella,
como los Apóstoles en cuanto oyeron al Salvador que de-
bia volver al cielo (2). Jesus comprende esta tristeza; y
su corazon, todo amor, á quien nada se oculta, oye salir
de todos los corazones que le aman, la palabra que dije-
ron los discípulos de Emaús: «*Mane nobiscum, Domi-
ne* (3);» y á esta palabra responde con ternura: «Os con-
viene que me vaya, pero no os dejaré huérfanos; estaré
con vosotros hasta la consumacion de los siglos; pero es-
taré de una manera misteriosa: el mundo no me verá;
pero vosotros me vereis, y vuestro gozo será cumpli-
do (4).» Esto lo hace en la Eucaristía. Allí satisface las

(1) Tale profecto munus decebat ut tribueretur Ecclesiæ, quæ summæ
innititur veritati, ardentem diligit, sperat promissa, invisibilibus pascitur,
futura credit, quærit cœlestia, atque sempiterno Dei Verbo assensum
præbet. (S. Laur. Just., serm. de Corp. Christi.)

(2) Joann. XVI, 6.

(3) Luc. XXIV, 29.

(4) Joann. XIV, 18, 19; id. XV, 11.

aspiraciones de la humanidad; y mientras sube á prepa-
rar un lugar en la gloria á los que le sirven, permanece
con ellos para serles camino, verdad y vida. Oculta
misteriosamente, dice San Leon (1), la humanidad, que
antes presentára claramente, y hace que á la vision na-
tural suceda la vision de la fe, cuya autoridad, afianza-
da por el cielo, siguen con más firmeza los corazones de
los fieles. En la Eucaristía tambien remedia todas las ne-
cesidades. Él es de ayer, y de hoy, y de todos los si-
glos: y ayer, y hoy, y siempre, necesita el hombre de
Jesucristo. Él lo sabe, y se le da siempre; y quedándose
en ese Sacramento, une á lo presente, lo pasado y lo fu-
turo, el tiempo á la eternidad, la tierra al cielo, el hom-
bre á Dios. Lo pasado está muy lejos; su memoria se hu-
biera debilitado: el cielo está muy alto; el hombre se
hubiera olvidado de su Salvador: por ello, dice Santo
Tomás, instituye este Sacramento, memoria del Salva-
dor en cuanto á lo pasado, recordando á Cristo Redentor
del mundo, por su amor; en cuanto á lo presente, como
un testigo de nuestras acciones; en cuanto á lo futuro,
como un juez de nuestra conducta. Lo primero para in-
flamarnos en su amor; lo segundo para librarnos del pe-
cado; lo tercero para disponernos á la gloria (2). ¡Oh!
hermanos míos. ¡Qué feliz es la Iglesia que en este mis-

(1) Quod itaque Redemptoris nostri conspicuum fuit, in Sacramento
transivit: et ut fides excellentior esset ac firmior, visioni doctrina succes-
sit, cujus auctoritatem supernis illuminata radiis, credentium corda se-
querentur. (S. Leo., serm. 2 de Ascens.)

(2) Prima causa institutionis Sacramenti Dominici Corporis est me-
moria Salvatoris.... Quæritur de quibus de nostro Salvatore memoria sit
habenda; et dicendum, de tribus: de præterito, de præsentem, de futuro. De
omnibus tribus simul. Psalm. 110. Memoriam fecit mirabilium suorum:
quasi diceret: Dominus dedit escam, scilicet se ipsum ad memoriam suo-
rum mirabilium præteritorum, quod nos redemit; præsentium, quod om-
nia nostra respicit; futurorum, quod districte tandem judicavit. Quæritur

terio posee á su Dios! Al leer las hermosas páginas del Evangelio, que nos hacen ver á Jesucristo viviendo con los hombres, derramando bienes por do quiera que pasaba, consolando al pobre, perdonando al pecador, bendiciendo al niño, y depositando en el corazón de todos palabras de perdón y de consuelo, una envidia santa se apodera de nosotros, y allá en el fondo del alma parece formarse esta exclamación: ¡Ah! ¡Quién hubiera vivido en aquellos años felices! ¡Quién hubiera podido acercarse á Jesús, y escuchar su palabra, y recibir su bendición! A esa aspiración del alma responde la fe: y señalándonos el Altar Santo, nos dice, parodiando las palabras de Marta á María (1): No llores, cristiano, Jesús está cerca de ti: te espera y te llama: hélo ahí en esa hostia. Él es: tu Salvador y tu Dios; escúchale: «Hé aquí, te dice, que estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos (2). Venid á mí los que estais oprimidos y atribulados, y os aliviaré (3).»

Así como en su vida mortal se humilló para acercarse al hombre, así lo hace en su vida eucarística: así como en la tierra pasó derramando bienes (4), así lo hace en ese Sacramento. Ahí perdona al pecador, consuela al triste, abraza al hijo pródigo, resucita al Lázaro consuetudinario, acoje á la pecadora, absuelve á la adúltera, sin que haya uno solo que se esconda á su calor benéfi-

ad quid valeat memoria nostri Salvatoris. Dicendum, ad tria: primæ enim rei memoria, seu Passionis Christi, valet ad cor nostrum ejus amore inflammandum; secundæ, seu ejus continuæ inspectionis, valet ad nos à peccato custodiendum; tertiæ rei, scilicet, districti judicis, valet ad excitandum nos ut præparemur contra futurum judicium. (Opusc. 58, cap. 2.)

(1) Joann. XI, 28.

(2) Matth. XXVIII, 20.

(3) Id. XI, 28.

(4) Act. X, 38.

co (1). Pero ahora, como entonces, solo la fe le encuentra; solo la confianza atrae su amor.

Venid pues, hombres todos, y admirad las invenciones amorosas de Jesús para estar con vosotros. Estas son sus delicias; sean también las vuestras. Conociendo cuánto os ama, creed en las obras de su amor: creed en ese Sacramento, que las reúne todas, y en el que perpetúa su vida para perpetuar las demostraciones de su caridad infinita. Creyendo, adoradle, y venid á su presencia, y tratad con él vuestros negocios. No defraudeis los deseos de su amor. Este trato es el alimento de la fe: nada hay que tanto la fomente en el hombre, como la adoración de este misterio. Jesucristo lo dice: «Quien usa de este Sacramento tendrá la vida eterna (2);» y la vida eterna consiste en conocer al Padre y á Jesucristo su enviado (3). Este Sacramento lo da á conocer, eleva al hombre á la consideración de su bondad y le atrae hácia él, haciendo que sienta arder su corazón con su trato, como los discípulos de Emaús (4). ¡Cosa admirable! Este Sacramento exige la fe y la produce: la supone y la vivifica, robusteciéndola hasta el punto de hacer del hombre un héroe por la fe. La historia de los mártires lo evidencia. La fe que produce es activa, es eficaz; y elevando al hombre por la virtud, le hace semejante á Jesucristo. La historia de todos los Santos lo confirma. Porque ese Sacramento es Jesucristo: y nadie va al Padre, es decir, á la santidad, sino por Jesucristo (5). Ese Sacramento es el alma de la Iglesia, y solo por el alma tiene vida el cuerpo. Ese Sacramento es la vida, y solo uni-

(1) Psalm. XVIII, 7.

(2) Joann. VI, 52.

(3) Id. XVII, 3.

(4) Luc. XXIV, 32.

(5) Joann. XIV, 6.

do á ella vive el sarmiento (1). Ese Sacramento es Dios, y solo uniéndose á Dios se hace el hombre grande y digno de Dios.

Concluyamos, Señores. La fe nos dice que en ese Sacramento está Jesucristo, el Hijo de Dios, nuestro Salvador. Venid, adorémosle, postrémonos ante él (2). Como el ciego de nacimiento al recibir la luz y reconocerle, digámosle: Creo, Señor (3); y creyendo, amemos; y amándole, rindámosle nuestros homenajes, y acerquémonos á él. Nos espera como un amigo, como un maestro, como un hermano, como un padre. Todos estos títulos de amor y de confianza toma con nosotros. No resistamos más. ¿A quién iremos sino á Él, que tiene palabras de vida eterna? (4) Fuera de Él, todo es tinieblas, corrupcion, muerte: junto á Él y en Él todo es luz, santidad, vida, amor y felicidad. Esto nos promete; esto nos dará, si creemos y amamos; y nos lo dará en el tiempo y en la eternidad.

(1) Id. XV, 5.

(2) Psalm. XCIV, 6.

(3) Joann. IX, 38.

(4) Id. VI, 69.

TERCER SERMON.

La esperanza fundada en el sacrificio de Jesucristo, y en la participacion de él y de sus méritos. La Eucaristia, prenda de esperanza.

*Fundamentum aliud nemo potest
ponere præter id quod positum est,
quod est Christus Jesus.*

(I ad Corinth. III, 11.)

EL designio de Dios, al criar al hombre á semejanza suya, fué tener en la tierra una criatura en quien se reflejárán sus adorables perfecciones, para elevarla despues á la participacion eterna de su gloria. Una condicion le impone tan solo: la fidelidad á un precepto, sencillo en sí, pero importantísimo en su objeto; para que, reconociéndose el hombre, con la obediencia, príncipe tributario de un rey supremo, existiese en él la razon del mérito necesario para la consecucion de un bien, que Dios quiere conceder únicamente como recompensa. Faltó la condicion; y el pecado, robando al hombre todos sus bienes, debia robarle tambien la esperanza de llegar un dia al término de que tanto se habia alejado: pero Dios no quiso. Al momento acude lleno de misericordia, que se complace en ostentar siempre sobre todas sus obras (1), y que no olvida ni aun en el dia de sus iras (2),

(1) Psalm. CXLIV, 9.

(2) Habac. III, 2.